

{serie} #1

En buena tierra

Oír y recibir la Palabra

Por Pablo Millanao

La parábola del sembrador es una de las más conocidas. Describe las diferentes reacciones del hombre frente a la Palabra de Dios. Una de las lecciones que nos deja es que no todos recibimos la Palabra de Dios de la misma manera. Sin embargo, el ideal divino es aquel que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno” (Mat. 13:23, el énfasis es añadido).

Existen diversos elementos que se interponen entre Dios, su mensaje y nosotros. Uno de los mayores obstáculos al interpretar la Biblia es que tendemos a usar nuestras ideas previas como punto de partida. En ocasiones, hemos escuchado un sermón basado en el pasaje que estamos estudiando, y nuestra mente tiende a conducir las conclusiones en la dirección de las aplicaciones prácticas hechas en ese sermón. Sin embargo, cada pasaje puede tener más de una aplicación práctica, las que no necesariamente representan la interpretación más fiel a la intención original del autor bíblico. Permítanme darles un ejemplo: Isaías 4:1. Se ha popularizado la aplicación de que el varón (un hombre) sería Cristo y las mujeres, las iglesias cristianas de este tiempo. Las iglesias solo quieren el nombre de “cristianas”, pero prefieren su propia doctrina (pan) y su propia justicia (vestimentas), sin rendirse a Cristo y su mensaje. Si bien esta es una forma de aplicar este pasaje, no es la interpretación

correcta. El pasaje simplemente describe cuán diezmada estaría la cantidad de hombres debido a las invasiones asirias. Varias mujeres –ahora viudas– buscarían la protección social que brindaba el enlace matrimonial, pero estarían dispuestas a mantenerse a sí mismas. Básicamente, se describen con toda crudeza las consecuencias del extravío moral del pueblo de Dios. Al comprender esta interpretación, nos damos cuenta de que podemos aplicar este pasaje a diversas situaciones de la vida cristiana.

En otros momentos, ciertos eventos actuales se parecen a lo que algunos pasajes de la Biblia describen, y tendemos a pensar que son el “cumplimiento profético” de ese versículo bíblico. Nos olvidamos que, en la época en que se escribió, eran otros los acontecimientos que motivaron aquellas palabras. Un pasaje será claro en la medida en que se interprete en el ambiente en el que fue escrito; luego, se puede evaluar qué aplicaciones pueden ser trasladadas a la actualidad. Un ejemplo de este fenómeno lo podemos encontrar en un hecho que conmocionó al mundo el 11 de septiembre de 2001. Muchos buscaron la palabra “torres” en la Biblia; varios encontraron referencias a la caída de “las torres” o “altas torres” (Isa. 30:25; Sof. 1:16, entre otros); algunos las aplicaron a las torres gemelas; algunos predicaron que esos pasajes se habían cumplido aquel

día. En ambos casos, los hechos profetizados tienen que ver con la experiencia de Israel. En Isaías, la caída de la torres sería algo favorable, pues eran las fortalezas enemigas que caerían, brindándoles el solaz descrito en los versículos 23 al 26. En el caso de Sofonías, sería algo nefasto, pues serían las torres de vigilancia de Jerusalén las que caerían por el ataque enemigo (Babilonia). Sin lugar a dudas, Nueva York no está presente en la interpretación de estos pasajes.

Lamentablemente, ninguno de nosotros se aproxima a la Biblia con la mente libre de ideas preconcebidas; a pesar de aquello, cuatro principios introductorios (entre otros) son útiles para liberarnos de ellas.

Los principios

1. La Escritura se interpreta a sí misma: La primera consecuencia práctica de este principio es que la Biblia no depende de otra autoridad externa. Para interpretar un pasaje, podemos recurrir a otras disciplinas, sobre todo históricas y sociales, pero la información que nos brindan nunca estará por sobre lo que Dios ha revelado. Por ejemplo, si leemos que el apóstol Pablo dice: “Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo” (Col. 2:16), tenemos algunas opciones. Podemos guiarnos

por las corrientes cristianas contemporáneas que desconocen la vigencia del sábado, y suponer que el pasaje habla de aquello; por otro lado, podemos investigar lo que el resto del Nuevo Testamento dice al respecto y, principalmente, revisar el contexto en el cual Pablo dijo esto en la misma carta a los colosenses. La segunda opción es la correcta, y se desarrolla leyendo la Biblia, no especulando sobre la base de otras fuentes de opinión. La Biblia es suficiente para darse a conocer por sí sola.

2. La unidad de las Escrituras:

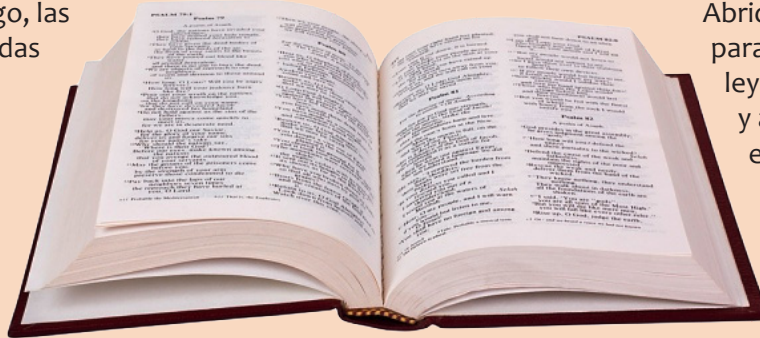
En última instancia, Dios es el autor de la Biblia (2 Tim. 3:16; 2 Ped. 1:20-21), por lo cual, su contenido tiene unidad y armonía. Sin embargo, las verdades son reveladas progresivamente, por lo que algunos alegan ciertas contradicciones. Casi todas se pueden resumir en la “pugna” que existe entre “el Dios del

Antiguo Testamento” y “el del Nuevo Testamento”. Veamos un ejemplo, que es de los más usados por los críticos: Mateo 5:38 al 42, la llamada *lex talionis* (Éxo. 21:23-25; Lev. 24:18-20; Deut. 19:21). La ley de talión fue, en su momento, una forma de frenar la venganza indiscriminada, limitándola a un castigo que fuera equivalente al delito. El mismo principio – refrenar una respuesta violenta ante un agravio– da un paso más en Mateo 5: la máxima es, ahora, responder al mal con el bien. Con todo, es el mismo principio y no hay contradicción.

3. Prioridad de la interpretación

literal: A menos que el contexto del pasaje indique lo contrario, es preferible interpretar la Biblia en un sentido literal; recordemos que la Biblia se escribió en contextos concretos. Una vez que interpretemos el

mensaje literal, podemos extraer las aplicaciones espirituales o simbólicas del pasaje, salvaguardando que sean fieles a la interpretación literal. Nos puede servir de ejemplo la parábola del buen samaritano (Luc. 10:25-37). Jesús claramente nos indica cuál era el mensaje que deseaba comunicar: amor al prójimo (Luc. 10:27, 29, 37). Sin embargo, si le asignamos significados simbólicos a los protagonistas o a los detalles del relato, podemos llegar a otras conclusiones. No necesariamente serán herejías teológicas, pero nos estaremos desviando del mensaje que Jesús específicamente quería entregar con ese relato.



4. Discernimiento espiritual: Los apóstoles Pablo y Pedro nos transmiten este principio en 1 Corintios 2:14 y 2 Pedro 1:21, respectivamente. No podemos prescindir del auxilio y dirección del Espíritu Santo; tampoco podemos pretender ser los únicos que tienen la razón sobre una determinada interpretación. Debemos mantener la mente abierta a la iluminación provista por el Espíritu, como también, a las opiniones y perspectivas de otros hermanos en la fe. La oración ferviente, acompañada de una actitud humilde, es fundamental para que el mensaje supere nuestras presuposiciones y llegue a nuestro corazón.

Relacionado con este último punto, Jesús destacó una actitud imprescindible si deseamos entender su Palabra: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios,

o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:17, el énfasis es añadido). Si estamos dispuestos a obedecer su voluntad, Dios la revelará con toda claridad.

Elena de White nos deja la siguiente orientación: “En el estudio de la Palabra, dejad en la puerta de la investigación vuestras opiniones preconcebidas y vuestras ideas heredadas del ambiente y cultivadas individualmente. Nunca descubriréis la verdad si estudiáis las Escrituras para vindicar vuestras propias ideas [...], no tratéis de hacer concordar la Palabra con esas opiniones. Haced concordar vuestras opiniones con la Palabra. No permitáis que lo que habéis creído o practicado en lo pasado gobierne vuestro entendimiento. Abrid los ojos de vuestra mente para contemplar maravillas en la ley. Descubrid lo que está escrito y afirmad después vuestros pies en la Roca eterna” (Mensajes para los jóvenes, p. 258).

PABLO MILLANAO es licenciado en Teología y redactor de la ACES.